

mento decisivo contra la Reforma. Eso querían, á eso aspiraban los hombres de fe en 1862: derrota tras derrota, inmolación tras inmolación, y una victoria final, cuando sucediese todo lo que el cálculo les indicaba como decisivo contra el plan de Napoleón: la conflagración europea, la oposición liberal en Francia, el triunfo del Norte en los Estados Unidos, la muerte del emperador, todo, en fin, lo que conspiraba contra aquella obra irrealizable. Era la fe en las ineludibles fuerzas de la Historia, sobreponiéndose á una falsa concepción que sólo momentáneamente podía tener apariencias de creación definitiva. Ésta fué la convicción que Zaragoza llevó á la guerra.

☛ Después de vencer una resistencia nominal en Acultzingo, el ejército francés pasó á la meseta para dirigirse á Puebla. Lorencez tuvo un día de embriaguez, metafóricamente, se entiende, y Saligny también, aunque tal vez sin metáfora. El general recibió su nombramiento de divisionario en los momentos de forzar la posición mejicana y cuando todo le inducía á creer que eran idénticas las tropas de Zaragoza y la chusma de Gálvez. El ministro triunfaba con los pliegos de París en que venía la reprobación de los convenios de la Soledad.

☛ En Amozoc duraba todavía la elación de los franceses. Era la víspera del 5 de mayo. En el campamento francés hubo consejo de guerra y banquete para celebrar anticipadamente la segunda retirada de Zaragoza ante las fuerzas unidas de Lorencez, Cobos y Márquez. Retirada, como en Acultzingo. Eso no admitía duda. Como en Acultzingo, la operación consistiría en forzar la posición enemiga. Los prácticos mejicanos que piloteaban al general francés aconsejaban el ataque á la parte del sur de la ciudad; pero Lorencez, asesorado por su jefe de artilleros y por el de ingenieros, consideró insensato ir á estrellarse en los baluartes, fosos y parapetos, metiéndose como un necio entre los fuegos convergentes del enemigo. La solución era tomar las alturas. Y marchó á las alturas. Esta operación, condenada por el arte de la guerra, con la sanción del sacrificio de un veinticinco por ciento del efectivo que se comprometía, no tuvo por preparación sino un cañoneo que dejó intactas las fortalezas mejicanas, por haberse hecho fuera de tiro. Las columnas extranjeras sufrieron la suerte común, ya que lo fué la resistencia. Esto era lo inesperado para el general francés. Sería injusto atribuirle la inconsciencia de la operación ordenada por él y el desconocimiento que se le supone de sus ordinarios efectos, ya que hemos visto cómo rechazó el consejo pueril de los mejicanos que le indicaban el ataque por el Carmen, triplemente peligroso. Su engaño fué de orden psicológico, no militar. La chusma de Gálvez le servía de dato para calcular la resistencia. El engaño era, por tanto, común con el del ministro, pero no privativo de Saligny, contra quien se revolvió furiosamente el despechado Lorencez. «No, querido general, le diría más tarde Napoleón, con aquella dulzura acostumbrada para infligir un reproche contumelioso; no, querido general, el ministro no os ha engañado. Él os ha dicho que las flores de las bellas mejicanas de Puebla caerían á vuestro paso cuando entraseis por las calles de la ciudad; pero no os dictó vuestros deberes militares ante el problema técnico que os tocaba resolver, ni estaba allí para eso. Habéis puesto en batería vuestras piezas á una distancia de dos kilómetros y

medio de las fortificaciones enemigas, y esto, permitidme que os lo diga por conducto de Randon, es un disparate, como lo es el haber dicho en una proclama á vuestros soldados que marchasteis engañado, creyendo que los poblanos irían á rodearos y las poblanas á florearos. Un general no dice eso, y menos en presencia del enemigo. Sois un mentecato. Por lo demás, decid á mis soldados que estoy tan satisfecho de ellos, como descontento de vos. La guerra tiene vicisitudes, y no me alarma lo de Puebla. Ya os relevo. Os creía suficientemente decorativo para entrar con seis mil hombres hasta el corazón del país y asistir á la caída de Juárez; pero, puesto que en Méjico hay OBSTÁCULOS MATERIALES, y que para allanarlos hacen falta los treinta mil hombres de que me hablaba Prim en su carta pesimista, irán refuerzos mandados por un héroe de Italia. Preparad vuestras maletas, y, entretanto, cuidado con insolentaros contra Almonte y Saligny.»

☛ Así rezan, ó por lo menos, así hemos leído las admoniciones que recibió Lorencez.

☛

☛ ¿Y en el campo de los defensores de Méjico? Un lirismo que venía de la capital, centro de convergencia y acumulación del sentimiento nacional que se precisaba en el orgullo herido por la altivez con que el extranjero nos ponía fuera de su civilización. «Á vosotros, soldados de la Francia, á vosotros, hijos del pueblo más simpático del mundo, de la nación grande y civilizadora, que por su inteligencia, su amor á la libertad y sus tendencias humanitarias, ha hecho temblar en otro tiempo á todos los déspotas y ha sacudido todas las monarquías: á vosotros, que por mil razones deberíais ser nuestros mejores amigos; nosotros, los soldados de Méjico, en este instante solemne que precede al de nuestro encuentro en el campo del honor, vamos á explicaros el engaño de que sois víctimas, para que comprendáis la justicia de una causa en cuyo nombre nos vemos obligados á rechazar vuestra agresión.» Y á este manifiesto, de una caliente inspiración patriótica, seguían las arengas de Zaragoza, el chinaco fronterizo, cuya máscara inatacable por la emoción durante la batalla, se volvía radiante, como la de los tribunos dantonianos del Congreso, á la hora de recorrer las líneas en su caballo del Kentucky para jurar banderas ó para recibir los nuevos contingentes que llegaban de los Estados remotos.

☛ La nota lírica se difundía, pasando la fe de aquel jefe, que caldeaba entusiasmos, á la oficialidad cívica, ya dispuesta al heroísmo. Próximos los momentos del choque, un oficial de la brigada Díaz, D. Manuel Varela, recitaba versos que había compuesto la víspera y que se perdían acaso para siempre entre las ropas ensangrentadas del poeta, que cayó, uno de los primeros, empuñando la bandera del 2.º de Oajaca.

☛ El general Zaragoza lo había dicho, hablando con los jefes de sus brigadas. El ejército no tenía la obligación de vencer; pero debía aceptar el compromiso de sacrificarse y de perder dignamente, dando tiempo á que el país preparara su defensa. El fracaso y la retirada del ejército francés, que fueron una sorpresa

para Zaragoza como para sus generales, tomaron en la mente popular los rasgos de una acción á la Bailén. Pero aun modestamente contenida la acción dentro de los términos de una bravata por sí sola castigada, los generales de Méjico se asombraban. El general Porfirio Díaz, testigo y actor de la batalla, cuenta que en la noche del 5 divagó por el campo, buscando una confirmación de aquellos hechos — ilógicos, según él mismo, — en el mudo testimonio de los cadáveres del enemigo, en las conversaciones de los soldados y en las luces lejanas de los franceses.

☪ Márquez no llegaba. Era inútil seguir ante Puebla. Lorencez emprendió la retirada. Tras de Lorencez salió Zaragoza. Ya era posible pensar en algo más que en holocaustos, y se meditaba la reducción del enemigo hasta ponerlo entre el mar y la fiebre de las tierras calientes, ó entre la fiebre y una línea de fortificaciones bien guarnecidas. El resultado sería el mismo.

☪ Ya había llegado á Orizaba el cuerpo expedicionario, el 18 de mayo, cuando se presentó Márquez con su ejército regular. Salía de los vericuetos de la montaña para entrar al valle de Río Blanco. El general Tapia se situó en Barranca Seca para cerrarle el paso, y estaba á punto de acabar con él, cuando se presentó un batallón francés, tras del cual maniobró Márquez diestramente, atacando á Tapia y derrotándolo en pocos minutos. La guerra civil, apagada en Jalatlaco, Real del Monte y Pachuca, se volvía á encender con el prestigio de una victoria francesa. Quinientos soldados de línea del emperador hacían más que todos los ejércitos reaccionarios desde la Estancia de las Vacas. ¿Cómo no bendecir esa fuerza generosa que venía en apoyo de la ETERNA JUSTICIA?

☪ ☪ ☪

☪ La presencia de Márquez en el campo francés había sido una obra de lentas y tortuosas negociaciones. Márquez, que como general fué el primero de su bando, como rábula habría sido un genio. Tenía el don innato de la perfidia. Acaso por ponerse á prueba como diplomático, había pedido que al abrirse las negociaciones de Orizaba se le admitiese en ellas con el doctor Miranda, en representación del Gobierno de Zuloaga. Quería desenmascarar á Doblado y presentarlo ante los comisarios extranjeros como quien era en su concepto. Sólo en esto estaba de acuerdo con el general Zuloaga, presidente por intermitencias, que habiendo recogido los pedazos del plan de Tacubaya, se proponía presentarlos bien pegados, para que los comisarios de las potencias le refrendasen su título de jefe nacional. Era un ingenuo, un pobre hombre. Márquez le reservaba un cómico quinto acto de tragedia.

☪ He aquí cómo. Para librarse del dogal de las exigencias de Márquez, el cual no le escatimaba humillaciones, resolvió destituir á su general y darle el mando de las fuerzas reaccionarias al español Cobos. Cambiar de amo era lo único que le quedaba al infeliz presidente; pero el cambio era imposible. Márquez se daba á sí mismo el nombre de jefe de la reacción, y lo era, por lo menos en ausencia

de Miramón. Cobos, no obstante la derrota que infligió á las fuerzas de Alatríste, y el fusilamiento de este jefe liberal, apenas si se atrevía á levantar los ojos delante de Márquez. Zuloaga tenía que humillarlos ante Márquez y ante Cobos. Rancheando, huyendo, inservible, Zuloaga hacía el papel de comadre descontentadiza y enredadora. La intervención era para él un medio, el único, de que la restauración de la legalidad reaccionaria efectiva no le costase la presidencia, porque si triunfaba con Márquez, Márquez sería el presidente, como lo fué Miramón después de Ahualulco y San Joaquín. Zuloaga había pretendido introducir la novedad de un partido exclusivamente militar con jefe incapaz de ganar batallas, pero aleccionado por la experiencia — sin dejar, por eso, de ser lo suficientemente idiota para persistir en aquella vida errante, en vez de abandonarla por la paz del comercio al menudeo — comprendió que la intervención traería el fin del caudillaje. Sin caudillos como Márquez, que señalaban su paso con una huella de SANGRE Y DE LÁGRIMAS, ¿quién sino él, manso de corazón, sencillo, rezandero, dirigirla á la PARTE SANA de la población y se pondría al frente de ella como representante de las tradiciones nacionales más respetables, y de los blancos que, según su sincero y pobre criterio, tenían encima la amenaza de una guerra de castas promovida por Juárez?

☪ De este ensueño le sacó el desprecio con que Miranda rehusó el nombramiento de ministro de Relaciones. Entonces comenzó á ver en la intervención un atentado contra la patria. No lo habría sido si, limitándose á convocar á los pueblos, hubiera hecho presión sobre ellos para que el voto unánime fuese favorable á la restauración clerical con Zuloaga como presidente; pero crear un Gobierno antes de que hubiese sufragio y entrar en el país para imponerlo, fué un disparate, confesado y reparado por el Gobierno francés cuando advirtió la torpeza que habían cometido sus comisarios y su agente Almonte.

☪ Un pronunciamiento como tantos, como todos, dijo que Almonte era el jefe supremo de la nación, y Almonte, en el ejercicio de esta investidura, demostró que no lo era ni de sus partidarios. No encontró á una sola persona medianamente decorativa para un Gabinete, y organizó un medio Gabinete con subsecretarios anónimos: González, Castellanos, Samaniego. ¿Qué González, qué Castellanos, qué Samaniego?

☪ La hacienda del Gobierno de Córdoba se redujo á 500,000 pesos de papel de curso forzoso, rechazado por el comercio y retirado por una reclamación fustigadora de Wyke. Aun de burocracia carecía, y esto era por demás demostrativo en un país cuya famélica clase media llenaba las antesalas ministeriales de aspirantes á empleos, no obstante que ya colocados eran sólo aspirantes á sueldos. Un decreto de Almonte creaba el delito de DESAFECCIÓN y castigaba con destierro á los que no aceptasen cargos y comisiones. Almonte estaba á punto de ahogarse en este vacío, cuando Márquez llevó el contingente de sus fuerzas.

☪ Durante los últimos días de abril y los primeros de mayo en que el país tuvo tres Gobiernos: el de Juárez en la capital, el de Zuloaga en los montes y el del HIJO DESNATURALIZADO DE MORELOS en la zona ocupada por los franceses, Doblado negociaba con Zuloaga y Cobos para impedir que sus fuerzas se incorporasen á

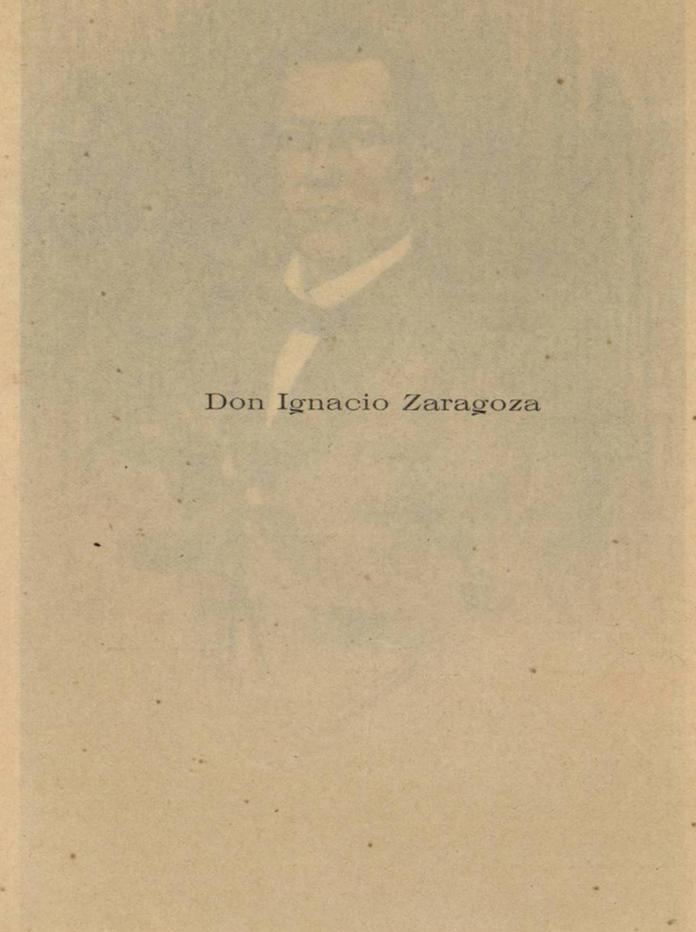
las de los franceses. Todavía el cuatro de mayo, Cobos ponía ojos tiernos cuando se le hablaba de un soborno de trescientos mil pesos en órdenes contra la Tesorería de los Estados Unidos, por la incorporación de las fuerzas reaccionarias á las de Zaragoza. Doblado consiguió su objeto, que fué ganar tiempo y dárselo al jefe de la resistencia nacional; pero Márquez también se salió con la suya. Por una parte, se introducía en los conciliábulos que Cobos y Zuloaga tenían con los enviados del ministro de Juárez, y, por otra, puso en conocimiento de la oficialidad que aquellos jefes se estaban vendiendo. Así fué cómo un día se encontraron solos Zuloaga y su lugarteniente, sin otro camino por delante que el del extranjero.

\*\*\*

☪ Lorencez había tenido que encerrarse en Orizaba para pasar la estación de aguas y para rendirse acaso cuando el hambre le amenazara de muerte. Zaragoza interceptaba los víveres de la mesa central, y no tardaría en impedir completamente toda provisión por ese lado. Por el de Veracruz, la situación era más amenazante. Llave perdió el punto del Chiquihuite; pero, aun después de eso, tenía elementos bastantes para cerrar el camino de Veracruz á Tejería. Los convoyes pasaban con dificultad; los correos, casi nunca. Esta condición de los asuntos militares se agravaba por la división que había entre el jefe y los agentes imperiales. La acusación de engaño lanzada por Lorencez contra Almonte y Saligny, era la última justificación que podía darse al Gobierno mejicano. Ya hasta el jefe francés declaraba que Saligny había dado informes falsos de todo género, políticos y militares. Militares sobre todo. ¿En dónde estaban si no, las fuerzas mejicanas auxiliares? Por último, llegó su turno á la acusación contumeliosa. Saligny era un borracho. Lorencez, furioso y aislado de los antiguos cómplices, sólo con Márquez conservaba buenas relaciones. Era lo único que valía; pero su auxilio no bastaba para emprender operaciones activas.

☪ Zaragoza había recibido el refuerzo mejicano de Zacatecas, conducido por su popular caudillo. González Ortega, periodista y demagogo, antes de pelear, quiso resolver la cuestión con un discurso, y escribió á Saligny excitándolo para que reconociese sus faltas. Zaragoza, por su lado, presentó ofrecimientos de capitulación á Lorencez.

☪ Las fuerzas mejicanas avanzaron. González Ortega debía ocupar la altura del Borrego, torpemente descuidada por Lorencez. Lo hizo, en efecto, pero no á la hora convenida con Zaragoza, sino al atardecer, cuando ya era imposible comenzar las operaciones contra la plaza. Durante la noche, el punto fué sorprendido y tomado por dos compañías del 99 de línea, uno de cuyos batallones había ganado la acción de Barranca Seca. ¿Responsables de aquel desastre? Buscarlos individualmente sería pecar contra las exigencias elementales del método. No, allí no había un ejército, no lo hay en donde faltan hechos condicionantes cuyo conjunto marca el grado de una civilización. El ejército, mecanismo fuerte y delicado, complejo y construído bajo el plan de una perfecta unidad, es el resul-



Don Ignacio Zaragoza